

DEL ENEMIGO EL PRIMER CONSEJO.

ALFONSO.
ASCANIO.
SERAFINA.

PERSONAS.

FEDERICO.
LUCRECIA.

ARNESTO.
PORTILLO.

La escena es en Milan y extramuros.

ACTO PRIMERO.

Salon del palacio que ocupa el Emperador.

ESCENA PRIMERA.

ALFONSO y ASCANIO, *envainando las espadas.*

ALFONSO.

Vuelve á ocultar el acero
Mientras que pasa esa gente;
Que en lugar ménos patente
Concluir, Ascanio, quiero
Dificultades de amor,
Que en tu competencia estriban.

ASCANIO.

De ordinario los que privan
Hacen deidad el favor
Que sus principes les dan;
Y en señal de su altivez
Pasan la raya tal vez
De la modestia.—Ya están
En su lugar las espadas,
Y la mia, te prometo
Que (en fe del nuevo respeto
Que á privanzas bien logradas,
En quien usa cuerdo dellas,
Debe el vasallo de ley,
Porque el gusto de su rey
Mira retratado en ellas)
No salga, aunque la provoques,
Segunda vez á ofenderte.
Téplate, Conde, y advierte
Que no porque el cielo toques
Del favor que el César te hace,
Es bien que desalumbado,
Con las alas de privado,
Si el sol ícaros deshace,
Te atrevas á quien te iguala,
Si no en dicha, en calidad.

ALFONSO.

No niego yo la igualdad
Que por noble te señala,
Ni al verme favorecido,
Atribuyas intereses
De venganzas, que cortesés
En mi privanza, han tenido
Hasta este punto encerrado
En el alma mi rigor;
Que á valerme del favor
Con que el César me ha premiado,
Con él te descompusiera,
De Milan te desterrara,
Los Estados te quitara,
Y su enojo te prendiera,
Sin necesitar agora
Desafíos, permitidos
Generalmente á ofendidos;
Pues tu discrecion no ignora
Que el privar suele poner
Freno á quien se le atrevió,
No con las armas cual yo,
Sino con las del poder.

ASCANIO.

Juntas, Don Alfonso, en una
Esas dos cosas opuestas,
Agravios me manifiestas
Con dichas de la fortuna
Que con el César alcanzas,
Y hacen tu esfuerzo mayor
Arrojos de tu valor,
Soberbias de tus privanzas.
Y como uno y otro abarca
La ciega pasión que tienes,
No miras que á reñir vienes
Con espada mas de marca.
Pero supuesto que yo
Ya me dispuse á envainarla,
Sin que intente desnudarla
Contra tí, porque te dió
Autoridad quien te nombra
Esfera de su secreto,
Y que en tí al César respeto
(Que en efeto eres su sombra),
Declarame la ocasion
Del enojo que te obliga
A que conmigo desdiga
Tu hasta aquí cuerda opinion:
Satisfaré tu recelo,
Guardando tu autoridad
Con lenguas de la amistad,
Mejor que con las del duelo.

ALFONSO.

Si quién eres ignorara,
Ascanio, ocasion tenia
De juzgar á cobardía
La lealtad que en tí es tan clara.
Mas no por ese respeto
Te procures evadir;
Que hemos los dos de reñir
En sitio mas solo y quieto,
Hasta que uno quede muerto,
Mientras el otro procura
La quietud que no asegura
Viviendo tú ó yo; esto es cierto.
Y así para que no ignores
Quejas que en la voluntad
Engendran mi enemistad
Por gustos competidores,
Oye la justa razon
Con que me agravo, y advierte
Que ménos que con tu muerte,
No admito satisfaccion.—
La condesa del Casal,
Si Serafina en el nombre,
Tambien en naturaleza
A tanto combate inmóvil,
Gonzaga en sangre, y mi prima
En deudo, aunque descomforme
En la aplicacion del alma
Que me olvida y que te escoge,
Quedó sin padres tan niña,
Que apenas dió al tiempo en flores
Esperanzas su hermosura,
Si para mi sinrazones,
Cuando en la ilustre tutela
De mi madre, viuda entonces,
Ensayando ingraticudes,
Dió el primer filo á rigores.

Crímonos los dos juntos,
Puesto que en la edad conformes,
Tan opuestos en las almas,
En gustos y inclinaciones,
Que cuanto yo apetecía,
Le daba en rostro: desórden
Bella por varia, que influyen
Celestes constelaciones.
Yo adorándola penaba
Los instantes que en la noche
De su ausencia padecía
Amorosas privaciones;
Y ella en viéndome presente,
Llorando sembraba en flores
Desdenes que ya gigantes,
Son de mi imposible montes.
Jamás en juegos pueriles
Pudieron años menores
Reconciliar amistades
Ni reciprocas acciones,
Hasta que aborrecimientos
Contraponiéndose á amores,
Pronosticaron desdichas
Que ya mis males conocen.
Creció mi amor con desvios,
Si hasta allí niño, ya jóven,
Y crecieron sentimientos
Mas fieros, cuanto mas hombres:
Parece que en Serafina
Los años y disfavors
Sobre apuesta se aumentaban
Al paso que mis temores.
Ya en el abril nuestra edad,
A su gusto humilde y dócil,
Buscaba con que obligarla:
Tal vez despoblado el bosque
De amorosos pajarillos,
En azafates de flores
Nidos la llevaba, ó cunas
De geminis ruisenores;
Tal vez el corzo manchado;
Y tal discurrendo el monte,
La dí, por prenderla Venus,
Al homicida de Adónis.
Mil fiestas vesti de galas,
Mil galas cubrí de motes,
Mil motes cifraron quejas,
Y mil quejas dieron voces
Contra mil ingraticudes,
Que hallando piedad en bronce,
En ella solo sirvieron
De aumentar desprecios dobles.
Como es amor mercader,
Y si no le corresponden
Quiembra su caudal fallido
Y por lo mas flaco rompe
Rompió en mí por la salud.
¿Qué mucho? Valientes robles
Besan las rústicas plantas
De quien les duplica golpes.
Llegué á la muerte. ¡Ojalá,
Como perdí las colores,
Perdiera el último aliento,
Y ahorrara penas atroces,
Que aumentando de dia en dia
Agravios á indignaciones,

DEL ENEMIGO EL PRIMER CONSEJO.

635

Para hacerse inexpugnables,
Buscan celos coadjutores.
Vió mi madre mi peligro,
Y adivinando de dónde
Procedían los efectos
De causas que el pecho esconde,
Piadosas solicitudes
Inventaron persuaciones,
Encaminaron promesas,
Ruegos, caricias y amores
Con que obligar á mí ingrata
A que añadiendo eslabones
Al parentesco, aceptase
El ser mi amada consorte.
Propisola de mi muerte
Los infalibles temores,
El malogro de mis años,
Las muchas obligaciones
De parienta, de pupila,
De generosa, de noble,
Y la crueldad que ganaba
Con el cielo y con los hombres,
Ocasionando mi muerte;
Apoiando persuaciones
Con lágrimas que ablandaran
A los tigres mas feroces.
Oyó, si no enternecida,
Atenta, importunaciones
Piadosas, no voluntarias;
Pidió plazo, y resolvióse,
Al parecer, á pagar
Amantes ejecuciones;
Mas cuando el alma no admite,
¿Qué importa que el cuerpo otorgue?
Dióme salud en albricias
Este contento, y quitóle
La suya á mi hermoso dueño:
Yo convaleciente entonces
Por ver mi amor admitido,
Y ella enferma, con un golpe
Nos dieron la vida y muerte
Unas mismas ocasiones;
Como al paso me aborrece,
Que quiere mi amor la adore,
Fué la causa mi esperanza
De sus desesperaciones.
Llegó al cabo, visitéla;
Y ella, eclipsados los soles
Perdición de mi quietud,
Cuando de mis gustos norte,
Gualda el jazmin y el clavel,
Nublados los arrebóles,
Los granates ya violetas,
Y el rubio oriente ya noche,
Viéndose á solas conmigo,
Animada incorporóse
En la cama, y tras un ay,
Me dijo aquestas razones:
«Don Alfonso de Gonzaga,
El ordenado desórden
De las estrellas distingue
Las almas y inclinaciones.
Si tuvieran las dos nuestras
Influencias uniformes,
Y la voluntad pagara
Las dendas que os reconoce,
Y el cielo imposibilita;
El sér, que de un tronco noble
En los dos nos da una sangre,
Que generosa nos honre;
La regalada tutela
Que en esta casa da nombre
Mas de madre que nutriz
A quien mis años deudores
Mi crianza le confiesan;
Las partes que os anteponen
A todos vuestros iguales,
Cuando no á vuestros mayores;
¿Qué dichas no ocasionaran,
Y darme amor los blasones
Que su yugo hacen felices,
Que tu paz hacen conformes?»

No quiso el cielo, no quieren
Las opuestas condiciones
Que en los dos se contrarian,
Que suerte tan feliz goce.
Alfonso, yo os aborrezco
Mas que la luz (no os asombre)
A las tinieblas eternas,
La lealtad á las traiciones.
¿Qué importará que obligada
El sí á vuestra madre otorgue
De esposa vuestra, si al fin
Es fuerza que se malogren
Mis años, que no pudiendo
Amaros, lijeros corren
En el abril de su curso
Al mar que las vidas sorbe?
Si sois verdadero amante,
Antepondréis mis pasiones
A las vuestras (¿quién lo duda?),
Y sin sufrir que despoje
La muerte, que espero cierta,
Mi edad en flor, daréis orden
De olvidarme, ó permitirme
Que en piélagos no me engolfe,
Imposibles de vencer;
Porque ántes el primer móvil
Dejará de arrebatar
Tras sí los celestes orbes,
Que yo quereros bien pueda.
Esto basta, y esto sobre
Para quien ama perfeto,
O adquirirá fama torpe.»
Dijo, y con un parasismo
Peligroso, persuadióme
A los repudios vitales
Castigo del primer hombre.
¿Juzgad vos de qué manera
Queda quien la sentencia oye
Capital, y ve sin vida
El alma de sus acciones!
Santi.... Pero esto se deje
A amantes contemplaciones,
Que cuanto mas las pondero,
Se quedan mas inferiores.
Volvió en sí desde allí á un rato,
Y yo con pasos veloces,
Con desengaños mortales,
Con homicidas dolores,
Sin hablarla y despedirme,
En un caballo de monte
Solo, aunque no de pesares,
Cuando espiraba la noche,
Sali de Milan, poblado
De quejas y compasiones
Los aires con mis suspiros,
Con mis desdichas los bosques,
Deseando hallar la muerte
Que al infelice se esconde.
Pasé á Alemania, y en ella
Mudando el traje y el nombre,
Servi al César Federico
Que allanaba los cantones
Del esguízaro rebelde,
Tudesco y grison, adonde
Con solamente una pica,
Fuéron desesperaciones
Hazañas que me ganaron.
Si no ventura, blasones.
Obligado el César dellas,
Generoso aficionóse
A honrarme, y fuéme premiando
Desde los mas inferiores
A los cargos mas sublimes,
Hasta fiarme en su corte
El gobierno de su imperio,
Consultas y provisiones.
Como mi apellido y patria
Negué, y me llamo Don Lope
De Haro, linaje ilustre
Entre Martes españoles,
No me conoció ninguno;
Y así en Milan publicóse

Mi muerte por la codicia
De intereses sucesores,
Que causándola á mi madre,
Estados y posesiones
Dividieron avarientos,
Perdieron disipadores.
Era yo de Castellon
Y Castelfofo conde,
Que feudatario al Imperio,
No pueden nuevos señores
Poseerle, si del César
Confirmados con el nombre
Y investidura, primero
Por dueño no le conocen.
A esta causa Serafina,
Que entre algunos pretensesores
Es la mas propinqua en sangre
A mis estados, valióse
De su accion delante el César;
Y mediando intercesiones,
Le suplica que en mi herencia
La ampare y poseione.
Supo ser yo su privanza,
Y que solo por mi orden
Se gobernaba el Imperio;
Y buscandome protectores,
Sin conocerme, me ruega
Que por su justicia torne,
Y no permita, yo muerto,
Que ambiciosos la despojen.
Halléme heredado en vida,
Rogado ofendido, y dióme
La ocasion á manos llenas
Venganza en satisfacciones.
Pero el amor siempre hidalgo,
Que cree mas con rigores,
Como Dios perdona injurias,
Como rey reparte dones,
Pudo mas que mis ofensas:
Y burlando opositores,
Del modo que ántes el alma,
La rendí mis posesiones.
Ya condesa, y yo por ella
De favor y estados pobre,
Con Don Alfonso cruel,
Y amorosa con Don Lope,
Me escribí agradecimientos,
En cuyas cifras esconde
Deseos que satisfagan
Mis servicios acreedores.
Correspondiéron la pluma,
Y quedéle á sus renglones
Deudor, si no á sus palabras:
Porque aumentando favores
Y terciando medianeros,
Federico al fin me escogió.
Por su esposo, y ella alegre
Fiestas hace y lutos rompe.
Bajó el César á Milan,
Porque en ella se coronó
De la segunda diadema,
Hasta que en Roma le adorne
Con la tercera dorada
El mayor de los pastores;
Saliéndole á recibir
Entre grandes y barones
Serafina, que engañada,
Al punto que me conoce,
Alienta aborrecimientos
Y repudia obligaciones,
Por no cumplirme escrituras,
Con frivolas evasiones.
Jura malograr sus años
Antes que esposo me nombre
El César, que conociendo
Quién soy, junta admiraciones
A premios, con que la oblige,
Y su rigor no provoqué:
Temores y ruegos mezcla;
Mas ¿qué temor hay que importe
Contra un natural rebelde
Dispuesto á persecuciones?

Ascanio, yo sé que en vos
Los ojos y el alma pone,
Después que desengañada
Mis servicios desconoce.
Si de competencias libre,
Fueron causa sus rigores
De voluntarios destierros,
Cuando á segundarlos torne,
Juzgad vos cuál volverán
Llevando martirios dobles
Tormentos hasta aquí simples,
Y ya con celos disformes!
¿Vos premiado, yo ofendido,
Y que mis años malogre
Para mi Dafne cruel,
Para vos tierna Leucótoe?
No, Ascanio; ó muriendo yo
Libre vuestra dicha goce
Bellezas que no merezco,
O muerto vos, desahoguen
Celos un alma que espera
Salir destas confusiones
Mañana al amanecer,
Si acudis (que siendo noble,
Si haréis) á Valdearrayan,
Donde no haya quien estorbe
O la venganza á mis celos,
O el triunfo á vuestros amores. (Vase.)

ESCENA II.

Yo no tengo voluntad
A Serafina, si bien
Gozozco de su beldad,
Que cuantos sus ojos ven,
La rinden su libertad.
Lucrecia es de mis desvelos
Ocupacion peregrina:
¿Qué importa que forme celos,
Y se los dé Serafina
A Alfonso, cuando los cielos
Niegan la correspondencia,
Que por oculta aversion
La aparta de su presencia?
Donde no hay inclinacion,
No puede haber competencia.
No inclinándose á su dama,
Mal con él competir puedo;
Si ella muestra que me ama,
Y le aborrece, ¿en qué quedo
Culpado yo, á qué me llama
Al campo, ó sobre qué estriba
Este enojo mal fundado?
Mas la soberbia derriba
La prudencia en el privado,
Y Alfonso muestra que priva.
Cuando en el campo me aguarde,
Y hagan sus celos alarde
De lo que en mí no es delito;
Aunque con él no compito,
Daré muestras de cobarde
Si al sitio y plazo no acudo;
Y en acudiendo, el favor
Del César será su escudo;
Mas cumpla con mi valor
La fama que ofender pudo,
Y castigue sinrazones
La espada, que lengua fué
Contra ciegas objeciones,
Porque dé á las obras fe
Quién no oye satisfacciones.
(Quédase á un lado del salon, viendo venir al Emperador y á Serafina.)

ESCENA III.

FEDERICO, SERAFINA.—ASCANIO.

FEDERICO.
Si el ser yo su intercesor
No basta para obligaros,
Y podeis desempeñaros

De mi gusto y de su amor,
Fuerza será, Serafina,
Dar al derecho lugar,
Con que Alfonso ha de tornar
A su estado.

SERAFINA.

Ni él se inclina,
Gran señor, á pretender
Esposa que interesable
No corresponda agradable
A su amor, ni á mí el perder
A Castellon. ¿Será justo
Que contra mi voluntad
Cautive la libertad,
Si con ella pierdo el gusto?
¿Qué aprovechará el decirlo
Que le amo, por no ofenderos,
Que grato intento teneros,
Que el si le doy por serviros,
Si en muestras de sus enojos,
Imposibles de sufrir,
Veis mil veces desmentir
En mí á la lengua los ojos?
Quede sin hacienda yo,
Y quede con libertad.

FEDERICO.

No os merece esa crueldad
Quien su estado en vida os dió.

SERAFINA.

Confiesa el entendimiento
Lo que rebelde resiste
La voluntad, que consiste
En el vario movimiento
De los cielos, que disponen
Que al Conde no quiera bien.
Yo misma culpo el desden
Que mis dichas descomponen;
Mas son de tal calidad,
Que llevándome tras sí,
Ni á él le puedo dar el sí,
Ni de vuestra Majestad
(Perdone mi desvario)
Cumplir el justo deseo.

FEDERICO.

Yo en las estrellas, no creo
Que contra el libre albedrio
Haya fuerza.

SERAFINA.

Esa verdad
Ya es fe, que no es opinion;
Mas causando inclinacion
Sin forzar la voluntad,
Me parece desatino
Digno de cualquier error
Cautivar me sin amor
Al dueño á quien no me inclino.
Alfonso su estado cobre,
Y estime este desengaño;
Que en mí será mayor daño
Quedar cautiva que pobre;
Y crea, pues desobliga
Con tan libre claridad
Así á vuestra Majestad,
Que no puedo mas conmigo.

FEDERICO.

Quedáos con Dios; pero advierte
Vuestro resuelto desden
Que á mis agravios tambien
Abrís, señora, la puerta;
Y que ya vuestro rigor
No solo al Conde provoca,
Sino que en ofensas toca
Que haceis al Emperador.
Por el Conde intercedí;
Mas si yo no os obligare,
Quien con vos se desposare
Me dará pesar á mí.

SERAFINA.

Gran señor...

FEDERICO.

¿Aquí estáis vos,

Ascanio?

ASCANIO.

Siempre me empleo
En que os siga mi deseo
Sirviéndos.

FEDERICO.

Quedáos los dos;
Que pienso que así os obligo;
Mas no sé yo quién se inclina
A amar mas á Serafina,
Que á ser, Ascanio, mi amigo. (Vase.)

ESCENA IV.

SERAFINA, ASCANIO.

ASCANIO.

A mí viene enderezado
Este aviso. ¿Hay cosa igual?
Del Conde tratado mal,
Del César amenazado,
Y yo libre de ofendellos!
Serafina, vive Dios,
Que he de perderme por vos.
Yo adoro los ojos bellos
De Lucrecia; Alfonso os ama;
Federico le apadrina;
Mi voluntad no se inclina
A abrasarme en vuestra llama;
Mi prenda, por vos celosa,
Rayos de enojo me envía;
El Conde me desafia;
La presencia rigurosa
Del Augusto me amenaza;
Vos perdeis á Castellon,
Si mudando de opinion
No dais en esto otra traza;
Mirad lo que hemos de hacer,
Porque si vuestra presencia,
Estando sin competencia,
En mí no pudo encender
Llamas que me den cuidado,
Ya vos veis lo que podrá
En quien receloso está
De un monarca y un privado.

SERAFINA.

En el pecho generoso,
Ascanio, la privacion
Da apetito á la afeccion,
Porque en lo dificultoso
Se acredita lo invencible.
Cuando yo no mereciera
Que desvelo vuestro fuera
Mi persuasion apacible,
El opuesto poderoso
Os habia de obligar
A vencer y porfiar,
O enamorado ó temoso;
Que yo despues que el Augusto
Me pone tasa en quereros,
Y con temores severos
Pretende forzar mi gusto.
Tanto mi altivez animo
Sin volver un punto atras,
Que al paso que os quiero mas,
Mas al Conde desestimo.
Mirad vos con qué valor
Osaréis desobligarme,
Cuando habiadés de amarme
Por solo el competidor.
Mas pues del campo os salís,
Podrán decir los que os ven,
No que no me quereis bien,
Mas que de cobarde huís. (Vase.)

ESCENA V.

ASCANIO.

¿Vive Dios que es caso recio
Que esto estriba ya en porfia!
El Conde me desafia,
Y doy causa á mi desprecio
Cediéndole la ventaja;

Si voy, al César irrito;
Si ve que con él compito
Lucrecia, el favor ataja
Con que mi dicha enriquece:
Pues ¿qué medio he de elegir?
No amando, ¿he de competir?
Si, pues que se ensoberbece
Un privado presumido,
De su dama desechado;
Saldré, si no enamorado,
Por lo ménos ofendido;
Y volviendo por mi fama,
Me hallará competidor
El Conde de su valor,
Puesto que no de su fama. (Vase.)

ESCENA VI.

LUCRECIA, PORTILLO.

LUCRECIA.

En fin, ¿vos sois español,
Y servís al Conde?

PORTILLO.

Fui

Español, porque nací
Sobre un pantufo del sol,
Pues cuando las colchas alza
Con que le arropa la noche,
El sol desde el mismo coche
Sacando un pié, se le calza.

LUCRECIA.

¿Cómo así?

PORTILLO.

Es el colodrillo

De Castilla, que se llama
La Vieja, honrando su fama
Espárragos de Portillo.
Su nombre me cupo á mí,
Y della me desterró
Certo burgo que despachó
Un alma al limbo: sali
A ver el mundo aleman
Con cargo de mochillero;
Fui dos años mosquetero
Hizo el César capitán
A Don Alfonso Gonzaga;
Aficionóseme luego,
Y desbalijado al juego,
Como se tardó la paga,
Me halló la necesidad
Faltito de ropa blanca:
Como la nobleza es franca,
Valme de su amistad;
Y en fe que le satisfago,
De cama-rada me dió
Medio nombre, porque yo,
Señora, la cama le hago.

LUCRECIA.

Segun eso privaréis
Mucho con él.

PORTILLO.

No me ha dado
Nada, y hállome privado
De todo; mas no penseis
Que me hace poca amistad,
Pues me fia su secreto
Por continuo y por discreto.

LUCRECIA.

¿Tiene mucha voluntad
Á Serafina?

PORTILLO.

Eso es plaga
Ni á Angélica el paladin,
Sus hemoles á Jusquin,
Al hidalgo la biznaga,
A Doña Calvina el moño,
Al galán la bigotera,
A Perez la lavandera,
A erizo breva ó madroño
Causan tan grandes cuidados;
Y porque así le advertimos,

Todos los que le servimos
Andamos serafinados.

LUCRECIA.

¿Y es posible que con él
No acaban los desengaños
De curarle, en tantos años?

PORTILLO.

No, señora; ella es cruel
Con sus ribetes de zaina;
Y mi señor que lo ignora
Tal vez, puesto que la adora,
La llama faldas de Humaina.
Pero ¿por qué es el exámen?

LUCRECIA.

No sé.

PORTILLO.

¿Linda damera!
¿Quiérelle bien su siria?

LUCRECIA.

No estimarán que los amen
Los que están acostumbrados
A vivir de menosprecios.

PORTILLO.

Hay apetitos tan necios,
Que en fe de andar opilados,
Buscan manjares caducos;
Cierta melindre sé yo
Que en un convite trocó
Perdices por almendrucos.
Quien á lo agrio es inclinado,
Con lo dulce se halla mal;
La condesa del Casal
Por lo acedo le ha agarrado:
Avinágrese usia;
Ensuegre tal vez la cara;
Porque si en ella repara
Nuestro Conde, ser podría
Que antojos de su desden
Nos le deserafinasen,
Y agrio por agrio, probasen
Cuál de ambos le está mas bien
Y á mí cuenta... Pero quedo;
Que sale el Emperador.

LUCRECIA.

Y con él vuestro señor.

PORTILLO.

Pues atísbele á lo acedo.

ESCENA VII.

FEDERICO, ALFONSO.—LUCRECIA, PORTILLO.

FEDERICO.

Ni Serafina ha de usurpar condesa
A Castellon que su señor os llama,
Ni aunque en su amor el vuestro se interese,
[resa,
Vuestra esposa ha de ser ni vuestra da-
Mi autoridad en esto se atraviesa, [ma
No ya por vos, Alfonso; por la fama
Que correrá por el plebeyo abuso,
De que á mi gusto una mujer se opuso.
Quien al César desprecia medianero,
Cuando despues os quiera, será en vano;
Pues no es digna que siendo vos lijero,
Mi respeto perdido, os dé la mano:
Ella y yo competimos, y ver quiero
Si mi favor en vos es tan liviano,
Que atropellando agravios, determina
Amar contra mi gusto á Serafina.

ALFONSO.

Gran señor, si merecen mis servicios
Premio en vuestra piedad...

FEDERICO.

Tiene Lucrecia
El alma puesta en vos, y en mí propicios
Favores, cuando esotra os menosprecia:
Estimad amorosos beneficios,
Y altivez desdeñad, que por ser necia,
Merece justamente aborrecella,

Si no es que con vos puedo ménos que
[ella. (Vase.)

LUCRECIA.

Con tal intercesor, no pongo duda
Que agradecido deis á mi esperanza
Correspondiente amor, si es que os des-

[nuda

De indiscretas pasiones la venganza.
Sana el enfermo que los aires muda;
Enfermo estáis de amor; haced mudan-

[za,

Y hallaréis en Lucrecia un pecho lleno
De amor, preservacion dese veneno.

PORTILLO.

(Vase.)

Si en consejos de estado tiene voto
Un mozo de tu cámara, que iguala
La experiencia al deseo, sé piloto [la
Que en puertos sin provecho no hace ca-
Lucrecia es bella, el César manirote;
Váyase Serafina enhoramala;
O los dos nos iremos, si dejamos
Esta ocasion, y al César enojamos.

(Vase.)

ESCENA VIII.

ALFONSO.

Eso no, firmeza mia;
Con resistencia el valor,
Con imposibles amor
Alienta su monarquía:
Quien de la posesion fia
Premios de gusto agradable,
Su esperanza hace culpable;
Quien sin premio amor procura
Sin dar servicios á usura,
Noble es, que no interesante.
¿Qué importa que Serafina
Aborrezca mis intentos?
Viva está en mis pensamientos;
Posesion gozo divina.
Desdeñe á quien no se inclina;
Trate mi fe con rigor;
Que la fama haré mayor
De mi inaudita alabanza,
Si amando sin esperanza,
Es platónico mi amor.
Iguales coronas den
A la suya y mi firmeza;
Ella en mostrarme aspereza,
Yo en querella siempre bien:
Compita amor y desden,
Pues en esto iguales son,
Y niegue su inclinacion
La inclinacion de mi empleo;
Que mas vale ella en deseo,
Que Lucrecia en posesion.
Dueño la hice de mi Estado;
Gócele, aunque aborrecido;
Que el amante bien nacido
Nunca quita lo que ha dado:
Si el César está indignado,
Ménos daño es no privar,
Que de mí degenerar:
Haya, como una mujer
Constante en aborrecer,
Un hombre firme en amar. (Vase.)

Sala en casa de Serafina.

ESCENA IX.

ASCANIO, SERAFINA.

ASCANIO.

El Emperador me envía
A tomar la posesion
Del Casal y Castellon,
Y quiere que en terciaria
Por Don Alfonso y por vos
Se conserve en mi poder
Hasta examinar y ver
Cuál, señora, de los dos

Se cansa de porfiar
Y á su gusto corresponde,
O vos eligiendo al Conde,
O él dejándos de amar.
Dad gusto al César, por Dios,
Y sacareis de cuidado
A Alfonso, al Augusto airado,
A Lucrecia, á mi y á vos.

SERAFINA.

Conquiste el César ciudades
Que despues el Conde adquiera,
Y no salga de su esfera
A conquistar voluntades;
Busque dama con amor
Su privado, en quien se abrase,
Que es afrenta que se case,
Despreciado, por favor;
Lucrecia por la ganancia
Os deje, que se le sigue,
Para que mudable obligue
A mas valor mi constancia;
Y vos, Ascanio, mostrad
Que sabeis satisfaceros,
Generoso hasta oponeros
A una pasion majestad;
Que os tendrán por ignorante
Si vuestro amor deslucis,
Mientras agravios sufris
Sin vengar celos amante;
Que yo en esta competencia,
De Castellon despojada,
Tengo hacienda excepcional
Del César, pues en la herencia
De mis padres sucedi,
Con autoridad bastante,
Cuando interesable amante
Mi dote ameís mas que á mi;
Que si primero os queria
Tibiamente, ya que os veo
Difíciloso, os deseo,
Y crece con mi porfia
Mi amor de suerte, que trato,
Si no sale vencedor,
Morir; que en lances de amor,
Lo mas caro es mas barato.

ASCANIO.

Juzgando vos disculpable
Ese desden que aumentais,
Porque de firme os preciais,
¿Es bien que yo sea mudable?
No, Serafina, primero
Que os ame (ved si es factible),
Será el Conde (si es posible),
Conmigo nuestro tercero:
Que yo á hacerle agravio llegue,
No os conseis en porfiar;
Porque yo no os he de amar,
Mientras él no me lo ruegue. (Vase.)

ESCENA X.

SERAFINA.

¿Porqué si eres niño, amor,
En los efectos criatura,
Te ofendes con la blandura,
Te aumentas con el rigor?
No es mejor,
Siendo dios, que lo parezcas,
Que apetezcas
Finezas con que te obligues,
Que ingratitudes castignes,
Y lealtades agradezcas?
Pero dirás que es delito
Huir tu jurisdiccion;
Que lo que está en posesion,
Es fuga del apetito.
Solicito
A Ascanio, cuyos empleos
Por rodeos
Vencen mis riguridades,
Porque las dificultades
Multiplican los deseos.

Muéstrome al Conde cruel,
Porque me sirve; y pudiera
Ser cuando me aborreciera,
Que me muriera por él.
Siendo fiel,
Su firme lealtad castigo;
A mi enemigo
Quiero fácil y amo ciega;
Huyo, amor, de quien me ruega,
Y á quien me desprecia sigo.

ESCENA XI.

ALFONSO, de camino. — SERAFINA.

ALFONSO.

Para desocasionaros,
Serafina, del aprieto
En que césaes rigores
A vos y á mi nos han puesto;
Aunque de veros me prive,
No hallo mejor remedio
Que ausentarme de Milan,
Si bien del alma me ausento.
Mándame el Emperador
Que segunda vez sea dueño
De los Estados que os di,
Y la libertad con ellos;
A que no os ame me obliga;
Como si en tales preceptos
Tuviere jurisdiccion.
Quien la tiene en el Imperio.
Contra vos está indignado,
Porque á influencias del cielo
Correspondéis desdeñosa,
Mis dichas aborreciendo:
Yo no, Serafina mia,
Porque solamente en esto
De conocer lo que soy,
Me puedo llamar discreto.
Bien sé que no tengo partes,
Si bien presunciones tengo
De amaros, para quererme.
Bien sé que merecimientos,
Hermosura, discrecion,
Pudieran, á conoceros
La fortuna que os envidia,
Señora del mundo haceros.

Sois serafin, mas que en nombre,
En prendas que reverencio,
Y solo otro serafin
Es digno de mereceros:
Yo de partes desvalido,
En pretensiones soberbio,
Desdichado en esperanzas,
Si dichoso en sus empleos,
Pudiera, pues os conozco,
Con faetones escarmientos
Reprimir intentos vanos,
Que han de quedar en intentos.
Bien haceis en desdeñarme;
Y ¡ojalá como confieso
Cuán loco soy en amaros,
Fuera sabio en no ofenderos!
Mas como á vos os obligan
Estrellas y astros opuestos
A aborrecerme indignada,
A mí me obligan los mismos
A adoraros presumido:
No los culpo, antes les debo,
Venturoso en esta parte,
La gloria del pretenderos.
Que en Lucrecia mi amor mude
Me manda el César mi dueño,
O que me esponga á rigores,
De la privanza herederos.
No niego méritos yo
De su belleza; mas niego
Que á obediencias coronadas
Pueda amor vivir sujeto.
Prendas hace en vuestro Estado
(Que pues os le di, ya es vuestro),

Sin ver que andando desnudo
Amor, nunca estriba en ellos.
Para excusar, pues, peligros,
Que no por mi, por vos tomo,
Notifico á mis pesares
(¡Ay Dios!) segundos destierros:
Descansareis, Serafina,
No viéndome, y yo contento
Con saber que lo estais vos,
Si no amado, satisfecho
En que os sirvo, entretendré
Amorosos pensamientos,
Que por contemplarlos ricos,
Pienso conservar eternos.
Fernando reina en España,
Granada llama extranjeros
Que contra el moro sitiado
Ganen valor, si no premios:
Negaré mi patria y nombre:
Y al César, que por vos dejo,
Forzará á daros mi Estado
La fama de que soy muerto,
Si antes que deje á Milan,
A las manos y el acero
De quien amais y me aguarda
En el campo, no lo quedo.
No volverá Italia á verme,
Condesa, viven los cielos,
Si no es que, del alma libre,
La compasion traiga el cuerpo.
Ella es vuestra, ya os la di;
A Castellon os entrego;
En vida me sucedeis,
Y en ella me desheredo:
¡Ojalá que como os doy
El pobre Estado que tengo,
En vuestras sienas honrara
Los tres lauros del Imperio!
Pero el vuestro Ascanio goce,
(Enjúgase los ojos.)

Y perdonad, que los celos
Mis ojos afeminaron,
Y sin consulta salieron
Del alma lágrimas nobles;
Que celos y amor á un tiempo,
Imitacion de nublados,
Vienten agua y lluven fuego.
(Quiere irse.)

SERAFINA.

Esperad, Conde, esperad;
Que no acredita su esfuerzo
Quien en los trances mayores
Teme el golpe y huye el riesgo.
Amar sin correspondencia
De sus damas, no es tan nuevo
Que en martirios del amor
No halleis valientes ejemplos:
Merecer perseverando
Sin esperanza de premio,
Da á la voluntad quilates,
Y corona el sufrimiento.
Si Federico (que en vos
Restituye su gobierno,
Y por el favor que os hace,
Se humilla tercero vuestro)
Os ve ausentar por mi causa,
¿Quién duda que á los primeros
Añada enojos segundos,
Quedando yo blanco dellos?
Yendós vos, peligro yo;
Y no solo no sucedo
En vuestra herencia y Estado,
Sino que los propios pierdo.
¡Ved qué traza de buscar
A mis quietudes remedio,
Si en vuestra ausencia peligran
La fe vuestra y mi sosiego!
Ausentáos si es que intentais
Vengaros, pues lo merezco;
Pero desnudáos del nombre
De amante firme y perfeto.

SERAFINA.

Esperad, Conde, esperad;
Que no acredita su esfuerzo
Quien en los trances mayores
Teme el golpe y huye el riesgo.
Amar sin correspondencia
De sus damas, no es tan nuevo
Que en martirios del amor
No halleis valientes ejemplos:
Merecer perseverando
Sin esperanza de premio,
Da á la voluntad quilates,
Y corona el sufrimiento.
Si Federico (que en vos
Restituye su gobierno,
Y por el favor que os hace,
Se humilla tercero vuestro)
Os ve ausentar por mi causa,
¿Quién duda que á los primeros
Añada enojos segundos,
Quedando yo blanco dellos?
Yendós vos, peligro yo;
Y no solo no sucedo
En vuestra herencia y Estado,
Sino que los propios pierdo.
¡Ved qué traza de buscar
A mis quietudes remedio,
Si en vuestra ausencia peligran
La fe vuestra y mi sosiego!
Ausentáos si es que intentais
Vengaros, pues lo merezco;
Pero desnudáos del nombre
De amante firme y perfeto.

ACTO SEGUNDO.

Salon del palacio.

ESCENA PRIMERA.

ALFONSO, ASCANIO.

ASCANIO.

Si en mi muerte ó en la tuya
Consiste el tener sosiego
Yo ó tú, ¿qué esperas?

ALFONSO.

Son fuego

Los celos, la fuerza suya
Solo en la materia estriba
Que sus llamas manifiesta,
Y no es posible cuando esta
Le falta, que el fuego viva.
Túvelos de ti; ya estoy
De suerte desengañado,
Que no ofendido, obligado,
Con esta espada te doy
Los brazos, si los estimas,
Y esta cédula con ellos
Que obligue á correspondellos,
Pues á mi instancia sublimas
Tu nobleza, ahora mayor.
El César, conmigo franco,
Provisiones me da en blanco,
Porque conozco mejor
(Segun dice, y no se engaña)
Lós méritos y sujetos
De sus vasallos discretos:
La majestad se acompaña
Siempre de la adulacion;
No sé qué tiene con ellos
La verdad, que huyendo dellos,
Tan raras las veces son
Que sigue la autoridad
De majestades servidas,
Que un rey, si no es por oidas,
No conoce á la verdad.
Esto inventó los privados,
Que, en fin, como mas tratables,
Llanos y comunicables,
Pueden distinguir estados,
Y conociendo sugetos,
Premiar los mas suficientes,
Pues por segundos agentes
Influye Dios sus efectos;
Y esta es la causa que en mi
Descanse el César acciones,
Y dándome provisiones
En blanco, no fie de si
Lo que de mi lealtad fia.
Conozco tu discrecion,
Y así la gobernacion
De Milan y de Pavia
Te despacho en nombre suyo.
Vicario del sacro Imperio
Eres; que en su ministerio
Lo que le has de honrar arguyo.
Bésale al César los piés.

ASCANIO.

Con armas aventajadas
En las sospechas pasadas
Te traje aquí el interes
Amoroso; pero agora
Que, no usando del favor
Que te hace el Emperador,
Tu partido se mejora,
De tu valor das indicios:
Ya yo estoy en tu poder,
Porque no hay para vencer
Armas como beneficios.
Estimo los que me has hecho,
Y que conozcas de mi
Que nunca te deservi;
Y con esto satisfecho,
Renuncio la dignidad

42

ALFONSO.
Eso no, que es imposible;
Pero ¿qué traza hallarémos
Que á vos enojos no os cause,
Si os quejais de que me ausento?

SERAFINA.

Un modo imagino, Conde,
Tan difícil como nuevo,
Que si vos le ejecutais,
Os dará el lugar supremo
De cuantos vasallos honran
A amor, y en su golpe ciego
Con hazañas inauditas
El non plus ultra pusieron.

ALFONSO.

No seré ya desdichado,
Si dándós á vos contento
En algo, puedo alabarme
Que si no alcanzo, merezco.
Proponelde, pues, señora.

SERAFINA.

Propondréle, si bien temo
Que tiene de deslucir
Las finezas que habeis hecho,
Rehusándole por extraño.

ALFONSO.

Por agravíarme hasta en eso,
Dudais de quien, por serviros,
Es martirio de si mismo.
Lo que os amo acreditad.

SERAFINA.

Ahora bien, no escuchéis cuerdo;
Que para lo que os propongo,
Loco, Alfonso, he menesteros. —
Yo no os tengo voluntad,
Ni, aunque lo procuro, puedo
Hacer que el alma rebelde
Se allane al conocimiento;
El César severo insiste
En que pagueis los empeños
De Lucrecia y la sirvais
Amante por gusto ajeno;
Desdeña mis pretensiones
Ascanio, celoso desto;
Que nadie es cortés con damas,
Si tiene por otra celos:
Yo que le amaba remisa,
Cuanto mas difícil veo
Mi ocupacion amorosa,
Mas su imposible apetezco.
Si deseais, pues, mi gusto,
Como afirmais y lo creo,
Haciendo la costa vos,
Fácil salida hallarémos.
Fingid que á Lucrecia amais;
Y obediente á los preceptos
Del César, hacéd ensayos
De amor, si no verdaderos,
Que en vos no serán posibles,
Cautelosos á lo ménos,
Que á Lucrecia persuadan,
Y al César dejen contento.
Obligad despues á Ascanio
Con dádivas y con ruegos,
Ya animándole á privanzas,
Ya ofreciéndole gobiernos,
A que su esposa me elija;
Que en él temores y apremios,
No siendo cual vos constante,
Sabrán conseguir mi intento.
El César entónces, grato
Al fiel reconocimiento
Con que ejecutais su gusto,
Y apacible á vuestros ruegos,
Me admitirá á vuestro Estado,
Con otros satisfaciendo
Vuestra lealtad y servicios,
Pues tiene tantos en feudo;
Y yo allanando rendida
Dificultades que han hecho

ESCENA XII

ALFONSO.

¿Qué de cosas encontradas
Banderizan pensamientos,
Que entre desesperaciones
Esperanzas van tejiendo!
¿Que no me ausente? ¿que sirva
A Lucrecia, y que ofreciendo
Amistad á Ascanio y cargos,
Contra mi sea su tercero?
Desafiéle celoso,
¡Y mándanme ser á un tiempo
Su abogado y su fiscal!
¿Qué terrible mandamiento!
Pero, en fin, lo prometí;
Palabras de amor perfeto,
En quien las ofrece noble,
Traen fuerza de juramento.
¿Sentencia desesperada!
Mas si bien la considero,
A apelaciones convida
Con vislumbres de remedio.
Que es mujer como las otras
Me avisa, y apeteciendo
Lo difícil las demas,
Lo fácil les es molesto.
¿Qué mucho que las imite?
Siempre me ha visto sujeto,
Sin resistencia á rigores,
A las leyes de su imperio;
Lo continuo causa enfado;
Lo exquisito da deseos;
Y lo que amor dificulta,
Hacen posible los celos.
Que celos la dé me manda;
Y quien me avisa con ellos,
Principios muestra de amor,
Mas piedad, rigores ménos.
Ya yo sé que cautelosa
Me facilita con esto
A persuadir á su amante
Que la corresponda tierno;
Pero tambien hemos visto
Que al contrario mas soberbio,
Queriendo acertar, le matan
Tal vez sus ardidés mismos.
Démosla celos, amor;
Voluntad, encarecéos;
Ojos mios, divertidos;
Asistencia, acudid ménos;
Pensamiento, obedezcamos
A nuestro enemigo en esto
Desde hoy, y del enemigo,
Amor, el primer consejo.

T. V.

Que por el César me ofreces;
Pues si por ella apetece
Que profese tu amistad,
No por cargos lisonjeros
Se han de obligar mis cuidados,
Porque de amigos comprados
Pocos salen verdaderos.
Desinteresable intento
Servirte, Alfonso.

ALFONSO.

Ya sé
Los quilates de tu fe,
Y que del entendimiento
Distinta la voluntad,
Para que se facilite,
Tal vez cohechos admite;
Pero como es la verdad
Del entendimiento objeto,
Sola ella te satisface;
Que el prudente jamás nace
Al vil interés sujeto.
Yo á lo ménos nunca oí
Que haya por interesados
Entendimientos cohechados,
Pero voluntades sí.
La tuya, por ser hidalga,
Ni admite ni paga pechos;
Solo recibe derechos
De la mía; y esto valga
Para obligarte á caudales
De nuestra amistad testigos;
Que no seremos amigos
Perfectos, no siendo iguales.
Sentíralo Federico,
Si desprecias su favor.

ASCANIO.

Por tí soy gobernador,
Puesto que te certifico,
Amigo, que para sello
Tuyo yo, no necesitas
Diligencias exquisitas.

ALFONSO.

¡Ay, noble Ascanio, y qué dello
Te he menester!

ASCANIO.

Dime en qué,
Y ¡ojalá difícil sea
Tanto, que un milagro vea
En mí de lealtad y fe
El mundo!

ALFONSO.

¡Me cumplirás
Esa palabra?

ASCANIO.

Dudando
De mí, me estás agraviando.
Declarate, y lo verás.

ALFONSO.

No te espantes; que ha de ser,
Asecanio, contra tí mismo
Lo que te pida: un abismo
En mí llegarás á ver
De contradicciones locas,
Si encerrándote en mi pecho,
En tu amistad satisfecho,
Las penas que siento tocas.
Los imperios de un desden
Me obligan con riesgo igual
A cosas que me están mal,
Y que no te han de estar bien.
Mira á qué estado he venido,
Que he de hacerte intercesor
De un amor que no es amor,
De un olvido sin olvido.
Yo te tengo de obligar
A una acción, que si la dejas,
De tu fe formando quejas,
Si la haces, me has de matar
A ser tercero te obligo
Por mí, Ascanio, contra mí;
Como amigo fio de tí
Lo que hicieras mi enemigo.

Si no lo cumples, mi vida
Fin trágico ha de tener;
Y en cumpliéndolo, has de ser
Mi bienhechor y homicida.
¿Has oído tú jamás
Paradojas semejantes?

ASCANIO.

Ponderaciones amantes
Exageran eso y mas.
Acaba de declararte.

ALFONSO.

Yo aborrezco lo que adoro,
Desdeñoso me enamoro
De quien dudo, por amarte,
Que corresponda á mi intento:
Con esta has de interceder
Por mí; con la otra has de ser
Agradecido violento.
Has de aborrecer lo que amas,
Y amar á lo que aborreces;
Si lo que adoro apetece,
Mi agravio vive en tus llamas;
Si á quien amas no desdenas,
De tí me quejo ofendido.—
Juzgarásme sin sentido,
O imaginarás que sueñas
Las quimeras que no entiendes.
Mas verás, cuando las sigas,
Que ofendiéndome me obligas,
Y obligándome me ofendes.

ASCANIO.

Conde, si no te declaras,
O imaginaré que pruebas
En mi amistad, por nuevas
Dignas de experiencias raras,
O desacreditarás
O imaginaré que pruebas
En mi amistad, por nuevas
Dignas de experiencias raras,
O desacreditarás

ALFONSO.

La cordura que hasta aquí
Tanta opinión tuvo en tí.
Declarome, Ascanio, mas.
Serafina, competencia
De la belleza y rigor.....

ESCENA II.

PORTILLO.—ALFONSO, ASCANIO.

PORTILLO.

Sabido ha el Emperador,
Señores, vuestra pendencia.
Mirad lo que habeis de hacer,
Porque en vuestra busca sale
Hecho un tigre.

ALFONSO.

Aplicarás
El llegar á conocer
La amistad que entre los dos
Hoy empieza á eslabonar
Lazos, que no han de quebrar
El tiempo ó la muerte. Adios,
Que voy á desengañarle.
Sígueme, porque después
Que gracias cuerdas le des,
Puedas con asegurarle,
Ejercitar el gobierno
Que ya te ofrece Milan.
En confusión te tendrán
Las dudas que del infierno
De mis ciegas confusiones
Salen para atormentarme;
Yo volveré á declararme:
Sosiega imaginaciones,
Mientras á cumplir te ofrezcas
Leyes de amigo constante:
Serás á mi ruego amante
De quien; ¡ojalá aborrezcas!

ESCENA III.

ASCANIO.

No es tan esfinge el enigma
Que Edipo yo no le entienda.
A la acción que me encomienda,

Me alienta y me desanima.

Cosas que le han de estar mal,
Y que á mí no me están bien,
¿Que han de ser sino es desden,
Que con competencia igual
En Serafina procura
Correr con su amor parejas?
Cuando me intimaban quejas
Desprecios de su hermosura,
La respondi: «En vano os ciega
Tema que os ha de engañar,
Porque yo no os he de amar,
Si Alfonso no me lo ruega».
Puede tanto en la mujer
El desprecio y disfamor,
Que en vez de apagarse amor,
Incendios suele crecer;
Y está de suerte sujeto
A su gusto el Conde amante,
Que le obligará arrogante
A que leal, si indiscreto,
A su amor me perñada,
Y á mi dama se aficiona:
Por su intercesor me pone;
La duda está declarada.
¿No me dijo: «Si apetece
Mi amistad, y fiel te llamas,
Has de aborrecer lo que amas,
Y amar á lo que aborreces?»
¿No me dijo: «Si esto entiendes,
Verás, cuando lo prosigas,
Que ofendiéndome me obligas,
Y obligándome me ofendes?»
¿Que tercie no me ha pedido
Por él, solicitador
De un amor, que no es amor,
De un olvido sin olvido?
Luego, fingiendo olvidar
Lo que mas estima y precia,
Me obliga á que hable á Lucrecia
Por él: ¡extraño obligar!
Mas ¿qué he de hacer? Ya le di
Palabra de obedecerle;
Amigo fiel he de serle,
Pues ya se lo prometí.
A esto es bien que se sujete
Quien cohechos admitió,
Y ignorante como yo,
Lo que no sabe prometer.
No me está mal que dé celos
A Lucrecia, que en el Conde
Divertida corresponde
Mal á mis firmes desvelos.
No la ama Alfonso, si bien
Disimula que la adora:
Si él finge que la enamora,
Finjamos acá tambien;
Y andando amor por extremos,
Nuestras palabras cumplamos,
Porque los dos pretendamos
Lo mismo que aborrecemos. (Vase.)

Sala en casa de Serafina.

ESCENA IV.

SERAFINA, LUCRECIA.

LUCRECIA.

Contenta te visito
En fe de que te debo hoy infinito.
¡Ay bella Serafina!
Amor correspondido desatina
De gusto, si agraviado
Locuras suele hacer desesperado
Si al conde Alfonso amaras,
¿Qué de esperanzas verdes marchitaras!
Y porque le aborreces,
¿Qué de favores en mi dicha creces!
De verme agora acaba
Tan amoroso, que me deja esclava.
Si tu amante primero,
Con límite le quise, ya le quiero

Tan sin él (no te espantes),
Que quinta esencia soy de los amantes.

SERAFINA.

Aplaudo tu ventura:
No es perfecto el amor que no es locura,
Y tanto del te toca,
Que en vez de enamorada vienes loca.
Mi primo el Conde es cuerdo
En la elección con que pesares pierdo
Causados de porfias
Opuestas siempre á inclinaciones mías.
¡Dote mil parabienes.

LUCRECIA.

No eres mujer, si envidia no me tienes;
Que en nosotras da pena
Voluntad despedida en casa ajena.
No la tengas tú desto,
Ni celos formes, ni el pesar molesto
De que Alfonso te olvide
¡Llamas recuerde que el desden despide;
Prosigue en despreciarme;
¿Mientras en tu agrado puerta no ha
A mí fe agradecido, ¡lle,
Ni temo celos, ni me asombra olvido.

SERAFINA.

Cuando te sirva en eso,
No haré mucho si ves lo que profeso
El darle pesadumbre,
Y que en mí es natural, si no es costum-
Aumentar sus enojos, ¡bre,
Porque su vista es fuga de mis ojos;
Puesto que la experiencia
Que hizo mi desden en su paciencia,
¡Hallá (y otros lo afirman)
Que sequedades el amor confirman,
Y al revés, los favores
Entibian gustos desmayando amores.

LUCRECIA.

Es verdad, si no es necio
El retiró, ni pára en menosprecio,
Porque este en vez de daños,
Entre venganzas logra desengaños.
Amor que se cultiva,
Limita al hortolano que derriba
De las plantas que poda
Ramas superfluas, no la cepa toda.
Quien ve en el mayo bello
Poblar el árbol arrogante el cuello,
Y de yemas paridas
Pulular sus criaturas presumidas,
Que llenas de arrogancia
Le chupan en pimpollos la sustancia;
Y quien ve al hortolano
Con riguroso acero y toscas mano
Cortar cogollos tiernos
Que se sonaban en el tronco eternos,
Juzgará, si no es sabio,
Que en vez de beneficios, le hace agr-
Pero verá el prudente [vio;
Que en fe de conservar lo suficiente,
Lo que es superfluo arroja,
Y por vestirle mas, mas fe despoja;
Pero de suerte puede
Podarle el labrador, que seco quede.
Así en el amor pasa,
Que presunciones hortolano tasa,
Y tal vez sus favores
Desdeñoso limita y corta flores;
Mas no ha de ser de modo,
Que por mucho cortar lo pierda todo.

SERAFINA.

¿Qué diestra en hortolizas,
Ejemplos estudianta alegorizas!
Como el Conde me enfada,
Cortar, que no podas su amor, me agra-
Deseo que se seque, [da:
Y así no es mucho que instrumentos
Y en vez de podar ramas, ¡trueque,
Derribe el tronco y amortigüe llamas.
¡Plegue á Dios, ya que en flores
Su abril te alegría, que al coger no llores

DEL ENEMIGO EL PRIMER CONSEJO.

Frutos que me aperche!
Que aunque seco le juzgas, pormí vive,
Y encubriendo congojas,
Por darme el fruto á mí, te paga enojos.

LUCRECIA.

¿Tan en poco me tienes,
Que con favores yo, tú con desdenes,
No sabré trasplantalle
De tu amor á tu olvido, y regalalle
De modo que en desprecios
Rinda tributos á desdenes necios?
Pues yo te certifico
Que si pobre en tu amor, y en mi fe rico,
(Porque vaya adelante
En metáfora de árbol nuestro amante)
Tan agrio le criabas
Con el desden que á su lealtad mostra-
Ya que á mi amor mudado, [bas;
Mi posesion le goza trasplantado,
De tu agrio riguroso
Y mi favor tratable y amoroso,
Salga (tenlo por cierto)
Porque me envidies, tan sabroso enjerto,
Que agrídulce, Condesa,
Desabrada sin él juzgues tu mesa.

ESCENA V.

PORTILLO.—SERAFINA, LUCRECIA.

PORTILLO. (A Lucrecia.)

El Conde, en vuestra casa,
Esperándos, instantes mide y tasa
Por siglos: id, señora;
Que amor, que es niño, sin el ama llora.
Dalde el pecho al chiquillo, [llo.
Y entralde á ver por mí, que soy Porti-

LUCRECIA.

Ya va echando raíces
El árbol, aunque mas le esterilices.
Serafina, ten cuenta
Del modo que en mi empleo se acrecien-
Verás que en tu hermosura [ta:
Sabe poco tu amor de agricultura.
(Vase Lucrecia, y hace que se va Porti-
llo.)

ESCENA VI.

SERAFINA, PORTILLO.

SERAFINA.

Hola, no os vais vos. ¿Oís?
Hola.

PORTILLO.

¿Soy yo el oleado?

SERAFINA.

Escuchad.

PORTILLO.

Voy á un recado.

SERAFINA.

¿Que os llamo yo no advertís?

PORTILLO.

Esperando mi amo está.

SERAFINA.

¿Hay mayor descortesía?

PORTILLO.

Perdone vusiniría;

SERAFINA.

Que no somos de acá ya.

PORTILLO.

Las que á los amos desprecian,
A los mozos descaminan;
Si aquí nos deserafinan,
Sepa que allá nos lucrecian.
Mandar puede á sus criados,
No á los que no la servimos.

SERAFINA.

¡Quiero irse.)

PORTILLO.

Hola, oid.

SERAFINA.

Convalecimos,

PORTILLO.

Si estábamos oleados.

Ménos holas, mas respeto;
Que ya pasaron los dias
Que estábamos en Olias;
Mi señor es ya discreto.
Con desden desdenes paga,
Y premia amor con amor;
Yo sigo en esto su humor:
Soy Portillo y él Gonzaga.
Toda presunción es necia;
Y como Portillo soy,
Cerrado á vusía estoy,
Y abierto para Lucrecia.—
Perdone.

SERAFINA.

¿Pues sabeis vos
Que la quiere mucho?

PORTILLO.

Mucho.
Desde ayer acá le escucho
Extrañas cosas, por Dios.

SERAFINA.

Pues ¿tanto privais con él?

PORTILLO.

Como en su servicio estoy,
Mozo de cámara soy,
Y medro por cuerdo y fiel.
De cámara en camarada
Mudo el nombre, y privo ya,
Pues ya ve cuán cerca está
La cámara de privada.

Anoche le escuché á solas

Decir: «Pues que Serafina

Olvidarme determina,

Excusemos carambolas,

Y en Lucrecia gustos labren

Firmezas que amor destierra:

Donde una puerta se cierra,

Muchas dicen que se abren.

Pagar quiero su afición,

Que es bella moza, y en fin,

Serafina será fin

De mi necia pretension.»

Llamóme, y dijo: «Portillo,

¿Qué te parece Lucrecia?»

Respondió: «Moza es recia;

Ayer la vi el colodrillo,
(Que el mundo llama tozuelo),
Y vive Dios que me agrada
Del cogote á la papada:
Ablande este caramelo
Durezas serafininas,
Si bien la Condesa es tal,
Que no has de hallar otra igual
A sus partes peregrinas.
Airóse, y díjome: «¿Cómo,
Picaro! ¿pues no es primero
Lucrecia?» Así el candelero,
Y asentómele en el lomo
Como si fuera ventosa:
Apagósenos la vela;
Volvíla á tomar, sopléla,
Y encendíla, que fué cosa
Que erizándole el cabello,
Me dijo: «¿Pues tú la enciendes?»
Y respondi: «¿Luego entiendes
Que Portillo no es doncello?»
Replicóme: «Al mayordomo
Di que saque una librea
Que de las colores sea
De Lucrecia». Yo que el lomo
Llevaba medio entumido,
Luego le senti aliviado;
Que en dolores de criado
Es gran rícipe un vestido,
Fuíselo á notificar,
Y cuando le volví á ver,
«Sola Lucrecia ha de ser,
Dijo, quien me ha de sanar.»
Trayéndole un labrador
Un brazo de mucho precio,
Dijo: «Llámenle Lucrecio».